

DOS IMÁGENES DE PRADAL:

- I. GABRIEL REGRESA HASTA EL NOPAL DEL SOL**
II. LA HONDA EMOCIÓN ESTÉTICA

JUAN JOSÉ CEBÁ
ESCRITOR Y POETA



I. GABRIEL REGRESA HASTA EL NOPAL DEL SOL

Carlos Pradal alimentaba a un toro negro en su pintura. Era un toro hecho de impactos, de trallazos de luz y arañazos de sombra. Toro o bisonte prehistórico que, al avanzar, se sacudía toda la tierra, con que el tiempo cubrió su lomo de noche impenetrable.

Embestía. Y del gran muro blanco, de cales superpuestas, surgían pequeños soles que recogía en pañuelos. Carlos Pradal luchaba entre la luz y entre la sombra. Toda la España desterrada acudía a su pincel, violento y tierno, agonizante y vivo, hondo e intenso, como una madrugada en el desnudo aljibe de la voz desgarrada.

Tenía ocho años y se supo arrastrado en el turbión más triste. Acaso no entendía aquel alejamiento. La muchedumbre absorta en campos de pobreza. La muerte de su madre. El silencio adueñándose del aire de Toulouse. La mirada lejana de su padre, aquel hombre hecho de pura luz, de transparencia, de sueños cultivados.

Carlos guardaba todo en un pozo profundo -introvertido, tímido, alma en finísimos cristales-.

Cuando le conocí, le seguían cientos de toros negros inadvertidos, muy pequeños, minúsculos, ingrátidos, flotantes, como manchas de tinta ágiles y bellísimas que llenaban su aire enternecido, el fulgor de su cuerpo. Era una conjunción de goyas y picassos, de grecos y grafías orientales, de golpes de su alma, que arrastraba la España del deseo.

El toro que se alza en la noche mancha de negro el lienzo, lo impregna de una sombra rotunda, lo traspasa. Y ahí va, por el aire, con el lienzo en las astas, como oscurísima bandera. El toro era un muro de tinta china. Restregaba su bellísimo cuerpo sobre la cal, dejaba estelas de sangre negra, violentas embestidas, trazos indescifrables, mapas de sangre densa, siluetas eternamente huyendo por caminos de lágrimas. Toro de las cavernas, sí, toro en tinieblas. España restregando su carbón, topando sombras y astillando luces sobre enormes fachadas blancas de casas como montes, sin puertas ni ventanas.

El toro dio en ser agua, una sola gota de agua negra y profunda, agua de un negro brillante llenándose de sol.

Estaba yo empeñado en que Carlos me hablara de su abuelo. Aquel maestro excepcional que Lorca quiso y disfrutó, en la blanca Almería de principios de siglo. Pero Carlos destilaba lirismo recordando a su padre. Ansiaba hablar de él en su paisaje y en su luz y toda la emoción le brillaba en los ojos y nutría sus palabras. Si yo volvía a insistir con Don Antonio -maestro del Hospicio- él tornaba a la dulce memoria de su padre. No había forma. Tan grande era su amor y su estremecimiento.

- Aunque no tengo la fibra familiar, no he conocido a un hombre que me haya impresionado más que mi padre, lo digo objetivamente, si no fuera mi padre lo diría igual. Eran trece hijos; como no tenía dinero se pagó los estudios dando clases de Matemáticas en Madrid. Un día se encontró a Pablo Iglesias en un tranvía y estuvo hablando con él, ese mismo día se afilió al partido (aunque el ya tenía ideas sociales), desde entonces no dejó de militar en él.

Ya en el exilio, Serrano Súñer había pedido su extradición para fusilarlo, y a punto estuvo de enviarlo Petain. Siendo uno de los arquitectos más destacados que había en España, tuvo que trabajar como delineante en Francia.

A mí me engañaba, porque no le gustaba Picasso. Quería que dibujara estatuas de escayola. La primera vez que expuse vino el último, yo sabía que lo que estaba pintando no le podía gustar. Miró detenidamente la muestra, se fue emocionado y le ví llorar.

Posiblemente Gabriel había encontrado en la pintura de su hijo, la raíz más profunda de una España en anhelo constante. Había hallado la luz que el alma bebe secretamente. Había retornado a la luz de su infancia, hasta el centro embriagado de su nopal de sol.

Se nos fué emocionado y le vimos llorar, con todas las saetas de la luz sangrandole en el pecho. Cabizbajo, andariego, machadiano, las manos a la espalda, como lo dibujó su hijo, lanzando todo el ser a una mancha de tinta.

Conciencia lúcida, moral, ternura en cada gesto, velando los detalles; una de las imágenes de mármol que acompañaban a la Purísima en la Catedral de Almería. Les dijo que la Catedral era del pueblo y que había que respetar aquello. Poco después recibió un anónimo: "Tenga usted cuidado porque la revolución acaba con sus hombres".

Carlos Pradal comenzó haciendo caricaturas para "El Socialista" que dirigió su padre durante catorce años. Firmaba los dibujos sólo con su nombre.

- Había cincuenta mil españoles en Toulouse, esa es para mí la España profunda, cuando pienso en España pienso en los exiliados. Allí he conocido a Indalecio Prieto, a Largo Caballero y a Araquistáin. Sin la gente del pueblo mi padre se hubiera muerto de hambre; esa gente que lo había dejado todo, es para mí más importante que la España que veo ahora-.

Al amor de las palabras de Carlos se nos reveló con nitidez la figura adorada de su padre. Gabriel Pradal, tenía algo de místico-como

Salmerón- nos dijo. Era un espíritu selecto. Un ser exquisito, nacido en una ciudad abierta a la elegancia y a la delicadeza. En una tierra, donde el desierto desnuda al alma de aspiraciones falsas, de torvas ambiciones, brillos sociales y vida en superficie. El desierto, belleza sobre la copa de las manos, nos vuelve espíritus ungidos de alegría, hacia adentro, desprendidos, abiertos, fraternales, receptivos, acogedores y nos desprende el barroquismo innecesario, la cáscara mordida de escaparate giratorio. Así Gabriel Pradal, mas hacia dentro, pero entregado sin reservas. Su tacto fué de una finura y una sensibilidad irrepetibles. Amaba su paisaje con entrega total, con gozo y con dolor, desde el recuerdo.

"Mi padre murió añorando Almería, le gustaba andar por los montes y murió soñando con volver a ver estas cosas..., decía: "Yo se dónde está el agujero de la tarántula".

Todo su sentimiento fluyó una y otra vez hacia su tierra. En la distancia, el amor se fue ahondando, llenándose de secretos silencios. El paisaje esencial, su desierto interior se le iba poblando de los rostros amados, tantos y ya borrados, tantos y ya fundiéndose al oro de la tarde.

Gabriel esperaba volver, para recomenzar el avance de un mar que se había detenido, en el trallazo de la última imagen, antes de su partida.

Lo que dió por su tierra. Lo que alzó en la ronda encendida de las Cortes. Lo que aguardaba. Por lo que luchó sin sombra, cristal traslúcido, nítido corazón sin dobles fondos. Hecho de claridad para los otros. Olvidado de sí, entregado hasta el límite. Ético, impulso cívico, palabra respetada, necesaria palabra que lo afirma en la tierra, como un acto de fe sobre la vida pública, sobre los hombres públicos.

Hablaba Carlos de su padre y era como una fuente clara -qué hermosura de amor hondo y herido- manantial incesante. Y por él, por su relato a borbotones, por su fuego de adentro, nos acercó la humana dimensión que vió en su padre. Y le vimos tal como era: sin envidias, sin celos, sin el turbio veneno del más torvo egoísmo, sin que perdiera jamás la compostura.

Y la política era noble pues era impulso generoso, inteligencia tocada de la gracia del mar, suave ironía de quien ha meditado largamente sobre el hombre. Mano embriagada en primavera, repartiéndose, compartiendo la fruta, el aire todo, y trazando un futuro sin zarzas ni rencores.

Vimos, sobre todo, a un hombre austero de una tierra desierta, con ideales limpios y altos como araucarias y palmeras, como mástiles en medio de duras soledades. Se nos mostró su honda sabiduría, aquella que caía en cascada desde el alba de un siglo de seres entregados. De aquellos caballeros con algo de africanos y de ingleses, que mostraban su sensibilidad lúcida y fina. Que la llevaban en las manos y en los ojos, como un ramo de rosas siempre frescas.

Qué no daría, mientras Carlos recuerda, en oleaje, para asomarse hasta el Madrid republicano, a la casa proyectada por su padre, donde Lorca acudía para verlos y abrazar a su viejo maestro Don Antonio. Federico hechizado por la belleza de Kalinka Pradal, obsesionado por los dientes de la niña. Y el poeta, gozoso y lúdico, con nombres inventado y siempre cariñoso y efusivo: "Mi maestro, mi querido maestro".

"Mi padre y Lorca -me contaba Kalinka- siguieron siendo amigos siempre. Se conocieron en casa de mi abuelo, en Madrid; se frecuentaban, y me contaba mi padre que él había asistido a una cena que hicieron en un café de Madrid, donde había muchos intelectuales de la época, cuando leyó Federico por primera vez -antes de publicar el "Romancero Gitano"- el famoso "Romance de la Guardia Civil Española". Cuando leyó el romance aquel sí que se había impresionado mi padre".

"Tengo en Toulouse -continúa la hija de Pradal- una cassette con una pequeña conferencia que dio mi padre para las juventudes socialistas de allí -que le pidieron- sobre sus recuerdos de Federico. Cuenta la imaginación, las asociaciones sorprendentes del poeta".

"Yo los recuerdos que tengo bastante seguros es eso que contaba mi madre, de los espectáculos que les daba después de cenar (siendo

niño Lorca, en Almería) subiéndose encima de la mesa del comedor y poniéndose los vestidos de ella o de sus hermanas y esas representaciones que improvisaba. Mi madre decía: desde luego, desde pequeño a él lo que le encantaba era el teatro".

Y Carlos, con toros minúsculos levitándole en la espalda, como trazos de rabia, como manchas de tinta, recordaba a su padre, desde los montes rosados de Almería, imaginando los pasos lentos de aquel hombre, retornando por los caminos estrechos de la greda, hasta el nopal del sol.

Gabriel fundido con la luz.

Regresa hasta el nopal que todo lo llena, que todo lo cubre con espinas de llama. Y en él se transfigura. Y se expone al asalto de su luz. Por este cactus de avivadas flechas se goza en el reencuentro. Se estremece. De sus púas vibrantes se deja disparar toda la hoguera. Venablos que no dañan, que alimentan el fondo oculto de su alma. Tantas veces que deseó llenarse de su vida, de asistir al misterio de su color cambiante. De sol. Nopal gigante que intensifica el día, que choca sobre el lienzo de cal y obtiene de los blancos sus masblancos. Y obra transparencias en el aire y se filtra en sinfonía de verdes no estrenados. Y al mediodía potente, cuando la guerra de la luz cobra vehemencia, se pone en medio de sus flechas y se muere de amor, sintiéndose cruzado de fulgores.

Aunque guardaba dentro esta belleza y de ella fue nutriéndose en los días dormidos, la halla con una intensidad no usada. Vuelve a sentir su mano habitada de brillantes venablos que iluminan al mundo y lo enternecen con un barniz de pura llamarada. Su fondo es luz en oleaje. Ir y venir de rayos silenciosos de la tierra hasta el cielo, ... del cielo a su caverna, en donde el mar invade con luz propia. Y las formas afinan su dibujo y los cuerpos se desprenden del peso y en la rosada tarde parecen tentar, vuelan tocados de una luz tan fina como palomas de plata delicada, de plata henchida de suaves crepúsculos marinos.

Y en el nopal de sol, gigante centro de la luz, girasol, arrojando sus venablos, se encuentra cara a cara con la vida, esta silueta

transparente de hombre, que se dió hasta el extremo, todo luz, todo amor en hoguera exquisita, para que hubiera otra manera de mirar el mundo, otra forma de entrega, otro ímpetu de flecha.